

Territorios y recursos naturales: el saqueo versus el buen vivir

Broederlijk Delen 



Quito, abril 2008

**Territorios y recursos naturales:
el saqueo versus el buen vivir**

Producción: *Broederlijk Delen*

Edición: *Agencia Latinoamericana de Información - ALAI*

Revisión de textos: *Sally Burch, Eduardo Tamayo G., Juan Pablo Corral*

Corrección: *Paola de la Vega*

Ilustración de portada: *Jano*

Diseño de portada: *Verónica León*

Diseño y diagramación: *Serafín Ilvay*

Impresión: *Gráficas Silva*

ISBN: 978-9942-01-660-7

Quito, abril 2008

Broederlijk Delen

Huidevettersstraat 165

1000 Brussels, Bélgica

T. (32) (0)2/502.57.00 F. (32) (0)2/502.81.01

info@broederlijkdelen.be

<http://www.broederlijkdelen.be/>

Agencia Latinoamericana de Información - ALAI

Casilla 17-12-877

Quito, Ecuador

T. (593 2) 250 2074 F. 250 5073

info@alainet.org

<http://alainet.org>

Los artículos y las opiniones vertidas en este libro son de estricta responsabilidad de sus autores/as y no reflejan necesariamente el pensamiento de las entidades editoras. Pueden ser reproducidos, a condición de que se mencione debidamente la fuente.

Indice

<i>Introducción. Las venas (re)abiertas de América Latina</i>	5
<i>Prefacio, Joan Martínez Alier</i>	11
I. Visiones e intereses en disputa	
Los recursos naturales como mercancía, <i>Marco Arana Zegarra</i>	19
De deudores a acreedores, <i>Aurora Donoso Game</i>	32
La madre naturaleza desde la cosmovisión Maya, <i>Rodolfo Pocop Coroxon</i>	39
II. Tendencias político-económicas en el control y manejo de los recursos naturales	
Los alcances de la deuda ecológica, <i>Hildebrando Vélez</i>	49
Plan Colombia, plan de muerte, <i>Diana Murcia</i>	57
Guatemala: Libre comercio y TLC versus integración de los pueblos, <i>Natalia Atz Sunuc</i>	66
Ecuador. Desplazamiento y muerte: la otra cara de la represa Baba, <i>Germán Jácome López</i>	72
III. Estrategias de defensa de los recursos naturales	
La justicia ambiental en la estrategia del ecologismo popular, <i>Lucio Cuenca</i>	79
Las luchas del ecologismo popular en Ecuador, <i>Alexandra Almeida</i>	85
Colombia: Las nuevas soberanías, <i>Hildebrando Vélez</i>	92
La minería en Honduras: un atentado contra la salud pública, <i>Juan Almdaeres</i>	98

Dos casos de resistencia a la contaminación tóxica en el Ecuador, <i>Esperanza Martínez</i>	106
Ecuador: La lucha de Sarayaku contra las petroleras, <i>Betsy Santi Gualinga</i>	112
Desde lo local a lo mundial en defensa de los bosques, <i>Ricardo Carrere</i>	115
Bolivia: Defensa del territorio frente a la Repsol, <i>Rubén Cuba</i>	122
Bolivia: Control comunitario de los recursos naturales, <i>Fernando Garcés</i>	130
Redes del Norte: Aliadas estratégicas, <i>Geneviève Tournon</i>	134
El caso del Congo: “celular sin sangre”, <i>Thomas Craenen</i>	137
Transparencia y rendición de cuentas, <i>Laura Furones Fragoso</i>	141
Responsabilidad social empresarial: Maquillando el saqueo, <i>César Padilla</i>	146

IV. Alternativas para un manejo sostenible

La soberanía en tiempos de globalización <i>Gustavo Marcelo Rodríguez Cáceres</i>	155
Uso alternativo de las fuentes energéticas en Cuba <i>Ángel Luis Brito Sauvanell</i>	166
Colombia: Los recursos naturales desde la espiritualidad e interculturalidad <i>Aparicio Ríos</i>	170
Bolivia. Defensa colectiva de los derechos socio-ambientales, <i>Elizabeth López</i>	181
Un camino alternativo: El Tratado Comercial de los Pueblos, <i>Miguel Lora</i>	184
Hacia una sociedad post-petrolera, <i>Elizabeth Bravo</i>	196
Petróleo, rentismo y subdesarrollo: ¿una maldición sin solución? <i>Jürgen Schuldt, Alberto Acosta</i>	204

Un camino alternativo: El Tratado Comercial de los Pueblos

*Miguel Lora
Fundación Solón - Bolivia*

Hace casi dos siglos, el libertador Simón Bolívar advirtió que los Estados del Sur de América no podrían contener la expansión del imperio norteamericano si no se aliaban. En la segunda mitad del siglo XIX, José Martí convocó a construir verdaderas relaciones de cooperación. En la segunda década del siglo XX, Víctor Haya de la Torre, fundador del APRA, advirtió que uno de los más importantes planteamientos del imperialismo era mantener dividida a América Latina.

Afortunadamente, el camino de la integración se inició hace algunos años. En 1961, se conformó el Mercado Común Centroamericano. En 1969, los países andinos sentaron las bases de la Comunidad Andina de Naciones (CAN). En 1991, nació el Mercado Común del Sur (MERCOSUR). En su conjunto son apuestas de integración política más ambiciosas que las alianzas comerciales que proliferaron en los años 90.

En América Latina, tenemos una gran cantidad de convenios de integración comercial porque nos dijeron que el libre comercio iba a contribuir a nuestro desarrollo. Sin embar-

go, Colin Powell, ex secretario de Estado de George Bush, reveló que el verdadero objetivo de Estados Unidos, mediante el Área de Libre Comercio de las Américas –ALCA–, era “garantizar a las empresas americanas el control de un territorio que va desde el Ártico hasta la Antártida, y el libre acceso, sin ningún obstáculo o dificultad, a nuestros productos, servicios, tecnología y capital en todo el hemisferio”.

La gente creyó en el discurso norteamericano e impregnó de neoliberalismo todos los pactos comerciales latinoamericanos. Las consecuencias de ello han sido desas-

trosas. La integración mercantilista de los Tratados de Libre Comercio –TLCs– destruyó la unidad regional. La CAN y el MERCOSUR se van al tacho por promover la integración de una lógica de libre competencia comercial que favorece a los más grandes. “La debacle de la CAN pone en evidencia la profunda crisis del paradigma que pregona que el pilar de la integración era la apertura comercial”, observa Pablo Solón, embajador para Asuntos de Comercio e Integración del gobierno boliviano.

Este paradigma, que predicaba que el pilar de la integración era la apertura comercial, ha fracasado en su aplicación y está destruyendo las pocas iniciativas fuertes de integración política.

La vía boliviana

En la década de los 90, las potencias económicas y sus instituciones financieras aseguraron que con las políticas del “Con-

senso de Washington”, los países pobres se acercarían rápidamente a los ricos. Hoy vemos que ocurre exactamente lo contrario.

Los gobiernos neoliberales en Bolivia ejecutaron fielmente las instrucciones del “Consenso de Washington” –el recetario del capitalismo que se impuso como un credo en todo el mundo a partir de 1990– con la esperanza de que el mercado y el libre comercio conducirían al desarrollo. Privatizaron, derribaron aranceles, “descuartizaron” al Estado y concedieron garantías extraordinarias a la gran propiedad privada capitalista (los inversionistas). Todo esto dio como resultado una disminución considerable del crecimiento del PIB y el florecimiento de enclaves económicos modernos, rodeados de un mar de informalidad (ver recuadro).

El fracaso del modelo de desarrollo neoliberal y el despropósito de llevar a los países más débiles a competir en un mercado internacional dominado por empresas transna-

El Consenso de Washington

Se dio por hecho que a mayor liberalización comercial y a mayor peso de las exportaciones en el PIB, correspondía un mayor crecimiento económico, más inversión física, mayor generación de empleos mejor

remunerados y, por ende, la elevación de niveles de bienestar social y reducción de la pobreza. Según el credo, la liberalización comercial asegura la mejor asignación de recursos de acuerdo a las “ventajas

comparativas” de cada país, generando ingresos de exportación, necesarios para importar otros bienes y servicios que garanticen mayor crecimiento económico. La liberalización financiera atrae al capital ex-

tranjero hacia el país escaso de capital, permitiéndole invertir más de lo que ahorra. La inversión extranjera directa (IED) –añade el dogma– acelera el crecimiento, no solo por la acumulación de capital, sino también por la creación de lazos de oferta y demanda de productos en el mercado interno (“eslabonamientos virtuosos”) y la transferencia de tecnología.

Sin embargo, los países latinoamericanos que adoptaron este esquema de desarrollo obtuvieron una tasa media de crecimiento de 2,6% anual en el período 1990-2003, inferior al crecimiento del PIB en el período de industrialización dirigido por el Estado entre 1960 y 1980 (5,5% anual). La distribución del ingreso y los índices de pobreza mejoraron

considerablemente en los años setenta, antes de la imposición del “Consenso”, pero empeoraron significativamente entre 1980 y 1990.

Se prometió a Bolivia que la integración rápida a la economía mundial, a través de la expansión de las exportaciones y del influjo del capital extranjero, resolvería los problemas sociales; sin embargo, en la década de los 90, Bolivia fue uno de los cuatro países del continente donde la desigualdad aumentó de forma marcada, y donde el índice de Gini (un indicador que muestra las desigualdades sociales en cuanto a la concentración de la riqueza) registró un cambio promedio de más de un punto por año. Bolivia fue el mejor alumno de Washington, sin embargo sigue siendo el

país más pobre de Sudamérica: más del 60% de la población vive por debajo de la línea de pobreza. En 2003, el PIB registró 900 dólares per cápita, un índice menor al de 1980¹. Otros estudios indican que el crecimiento del PIB per cápita, durante el decenio 1981-1990, fue de 0.9% anual y de apenas 1.1% anual en el periodo 1991-2004. El crecimiento anual per cápita de Bolivia entre 1989 y 2000 fue del 1,67%.

El premio Nóbel de Economía 2001, Joseph Stiglitz, observa que los países del este de Asia lograron una tasa media de crecimiento de su PIB per cápita de 6.1% anual en el decenio 1981-1990, y de 5.8% anual durante el periodo 1991-2004, porque rechazaron los dogmas básicos del “Consenso de Washington”.

cionales, que hacen del libre comercio una entelequia, indujeron a la administración de Evo Morales a modificar el rumbo económico y a replantear los objetivos de la integración. En vista del fracaso del mercado au-

tárquico como distribuidor de la riqueza, el gobierno boliviano devolvió el protagonismo

1 *Más allá del Consenso de Washington*, José Antonio Ocampo; secretario general adjunto de Asuntos Económicos y Sociales de la ONU.

económico al Estado y desarrolló una nueva forma de conducción de las relaciones internacionales.

El gobierno boliviano partió de la constatación de que el modelo de desarrollo, que se ha aplicado desde hace veinte años en casi todos los países de América, no resolvió las necesidades más urgentes de las sociedades y, al contrario, provocó dos severas crisis financieras internacionales y decenas de incendios sociales que desestabilizaron la democracia².

La administración de Evo Morales puso en duda la efectividad de la “liberalización comercial y financiera” como camino seguro e infalible hacia el desarrollo, consciente de que los acuerdos comerciales ayudan a los exportadores preparados para competir en mercados extranjeros, pero no garantizan beneficios para pequeños productores, microempresarios, cooperativas locales y empresas comunitarias que abastecen el mer-

2 Los resultados del libre comercio en México son más que evidentes. El TLCAN barrió la pequeña y mediana industria de ese país. Cuando hace algunos años México era autosuficiente e, incluso, exportador de alimentos, hoy importa granos y oleaginosas para consumo interno. Entre 1994 y 2000, multiplicó sus importaciones de arroz, maíz, trigo, soya, sorgo y productos de origen pecuario. En la última década se perdieron más de un millón ochocientos mil empleos agrícolas. El éxodo se calcula en cinco millones de mexicanos. Este es el resultado concreto de más de una década de TLC en México, a pesar de ser uno de los países más grandes y mejor preparados, supuestamente, para enfrentar este reto.

cado interno. En la actualidad, existe más libre comercio que en toda la historia de la humanidad³, pero los indicadores de pobreza y desigualdad social y económica no han mejorado sustancialmente⁴.

La conclusión es sencilla: no es correcto ni racional que un reducido grupo de países siga imponiendo un modelo que ha fracasado en la práctica. Por lo tanto, estamos en el derecho de proponer y aplicar un modelo de desarrollo alternativo. Es un elemento simple pero irrefutable en cualquier escenario internacional.

El eje La Paz-Caracas-La Habana nace en un momento de crisis general del sistema, como la alternativa continental al unilateralismo hegemónico de Estados Unidos, y postula modelos de integración y comercio

3 Las exportaciones e importaciones en relación al PIB, en los países ricos, aumentó de 27% en 1987 a 39% en 1997. En los países en desarrollo, subió del 10% al 17%. Las empresas invierten cada vez más en otros países: en 1998, firmas estadounidenses invirtieron en el exterior 133 mil millones de dólares y empresas extranjeras invirtieron 93 mil millones en Estados Unidos. Las corrientes de Inversión Extranjera Directa (IED) se triplicaron en todo el mundo entre 1988 y 1998, pasando de 192 mil millones de dólares a 610 mil millones (World Development Indicators 2000, Banco Mundial).

4 En un informe de 2005, el FMI afirma que las 29 economías más avanzadas del mundo producen el 54,6% de la riqueza global y generan el 71,8% de las exportaciones de bienes y servicios. En el otro lado, las 146 naciones subdesarrolladas (las cuatro quintas partes de la población mundial) generan sólo el 45,4% del producto interno bruto mundial y sólo el 28,2% de las exportaciones globales.

que son la antítesis de la difunta Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y sus vástagos, los tratados de libre comercio (TLCs).

Los TLCs son algo así como las reglas del juego del sistema capitalista en su fase superior —el imperialismo—, expresadas en la forma de contratos comerciales que contaminan de neoliberalismo, inclusive, a las Constituciones políticas de los Estados nacionales. La particularidad de los TLCs es que amplían ilimitadamente los derechos del capital, a la vez que despojan a los Estados de sus más elementales derechos y funciones. El bloque TCP-ALBA se propone combatir esta radicalización del capitalismo, retomando los viejos principios del capitalismo de Estado.

¿Qué es y qué pretende el TCP?

El Tratado de Comercio de los Pueblos (TCP) es una propuesta de integración comercial solidaria, con **complementariedad, cooperación, reciprocidad, y respeto a la soberanía de los países**. En el sistema capitalista, predomina la competencia, que se enseña hasta en las universidades. Solamente sobreviven los más competentes.

Bolivia pretende dar la vuelta a la tortilla planteando un movimiento de integración más solidario, porque no es cierto que los hombres se relacionen únicamente a través del mercado. La prueba está en que cuatro

países de Latinoamérica (Bolivia, Nicaragua, Venezuela y Cuba) están empezando a relacionarse a partir de otros valores.

Según el TCP, la competencia, la acumulación y el consumo no son los únicos valores que rigen las relaciones internacionales, sino más bien la complementación, la cooperación, la solidaridad y el respeto a la soberanía de los países. El TCP rescata el concepto indígena de reciprocidad para reemplazar la categoría capitalista de competencia.

Los países latinoamericanos tienen una reserva moral que fundamenta esta propuesta post capitalista: cuentan con una gran diversidad de culturas precolombinas, andinas, amazónicas, etc., las cuales, a lo largo de su historia, han promovido estos valores. Por ejemplo, a diferencia del antropocentrismo occidental, estos pueblos tienen una relación diferente con la naturaleza.

Los países del ALBA (Alternativa Bolivariana para las Américas) ensayan una ambiciosa propuesta de complementariedad comercial, buscando el equilibrio con la naturaleza, el equilibrio entre los ciudadanos, y haciendo de la cooperación una práctica habitual entre los pueblos. El TCP reivindica la justicia —éticamente superior a la razón práctica del lucro— y aspira a un modelo comercial sustentable que haga frente al mercantilismo secante que acumula y sobreexplota la naturaleza de forma insostenible.

Los programas de integración comercial neoliberal miden el éxito según el crecimiento del PIB y las exportaciones, pero los movimientos sociales en Bolivia se han convencido de que nada cambia con el crecimiento del PIB, pues la situación de la gente no mejora en nada aunque este indicador macroeconómico mejore. Por ello, es necesario incluir otras variables para medir el éxito comercial. Por ejemplo, además del crecimiento del producto interno, el TCP se preocupa por la reducción efectiva de la pobreza, por la preservación de las comunidades indígenas y, sobre todo, por el respeto a la naturaleza.

A continuación se describen algunas características del TCP impulsado por Evo Morales.

De vuelta al Estado

El TCP se propone recuperar la soberanía perdida del Estado con un modelo comercial que limita y regula fuertemente los derechos de los inversionistas extranjeros. En la propuesta boliviana, el inversionista y su capital no son el centro articulador ni mucho menos el protagonista de la integración latinoamericana. El libre comercio y la atracción de inversión privada no son fines en sí mismos, sino medios del desarrollo.

En vista de que la liberalización absoluta de los mercados y el “achicamiento” del Estado no ha beneficiado más que a un puña-

do de grandes propietarios, queda rescatar al Estado y reconstruirlo para beneficio de los pueblos. Porque, a pesar de las críticas, sólo el Estado puede proteger a los sectores más vulnerables de la sociedad frente al gran capital que controla la economía mundial.

Según el TCP, la “libertad de mercado” no es lo más importante en este momento, sino revivir a esos pequeños productores que, en Bolivia, son la mayoría. Curiosamente, de cada diez iniciativas productivas, sólo dos exportan; las demás venden al mercado interno. Por lo tanto, necesitamos regular el mercado, y necesitamos un Estado fuerte para limitar y regular los derechos de los inversionistas, que, como es de su conocimiento, han crecido abismalmente en estos últimos años. Inclusive, los inversionistas extranjeros tienen una justicia privada a su disposición.

La subsistencia de los pequeños productores depende del control o no del territorio y de los recursos naturales. Las dos últimas guerras en Bolivia, la guerra del gas y la del agua, son manifestaciones de la disputa por la propiedad del territorio y de los recursos naturales. Los movimientos sociales y las comunidades de Bolivia están conscientes de que el agua no puede tener dueño. En relación al debate sobre los hidrocarburos, es decir, la energía, en Bolivia se llegó a la conclusión de que su propiedad debe ser

social, al igual que los recursos mineros. Esta lucha por socializar los recursos tiene un componente ideológico muy fuerte. Ya desde la Revolución Nacionalista de 1952, se planteó, a nivel de las políticas públicas, la necesidad de socializar algunos medios de producción estratégicos como la energía y la minería. En este nuevo momento constitutivo que se abre en Bolivia, se ha llegado al convencimiento de que, si el principio de la crisis ambiental es la apropiación privada de la naturaleza, lo que queda es socializar su propiedad.

Las diferentes prioridades del TLC y del TCP

Los sujetos del comercio para el TLC son las transnacionales, las grandes empresas nacionales y los inversionistas extranjeros. Los sujetos del comercio del TCP son los pequeños productores del campo, las cooperativas y empresas comunales. Se trata entonces de una reacción legítima contra el ultra liberalismo de las últimas dos décadas.

La propuesta del TCP apunta más bien a retornar al nacionalismo de los años 50 del siglo XX, pero con un rostro más democrático. Evo Morales quiere crear una nueva élite que emerja de las bases y que se asiente básicamente en los pequeños productores, en la mediana empresa, en las empresas comunales, en las cooperativas, etc.

En duda los valores de Occidente

- El TCP postula la complementariedad frente a la competencia;
- La convivencia con la naturaleza en contraposición a la explotación irracional de recursos;
- La defensa de la propiedad social frente a la privatización extrema.
- El fomento de la diversidad cultural frente a la monocultura y la uniformización del mercado.

La libre competencia ahorra dinero al Estado, afirman los neoliberales. Sin embargo, más importante que el ahorro de unos centavos es el impacto de las compras estatales en la producción nacional. ¿Vale la pena comprar sillas chinas a 50 bolivianos en lugar de comprar sillas nacionales a 60 bolivianos? ¿Qué vale más: ahorrarse 10 bolivianos por silla o incentivar la industria nacional que puede reactivar la economía? La propuesta es dirigir las compras estatales al mercado de los productores locales. El ex presidente Gonzalo Sánchez de Lozada quería abrir las licitaciones internacionales hasta para el desayuno escolar, todo bajo la lógica neoliberal de ahorrar recursos al Estado. En cambio, el TCP da prioridad a las empresas

Diferencia entre objetivos

- El TLC consolida el modelo neoliberal y el capitalismo (atrofia del Estado, privatización extrema y apertura irreflexiva del mercado). Su objetivo es expandir el imperio y proteger las ganancias de las transnacionales.
- El TCP recupera la función reguladora del Estado, vital en el capitalismo monopolista; defiende la propiedad social de sectores estratégicos, como la energía y el agua; y preserva el mercado interno para los productores locales.

nacionales (convencionales, cooperativas, grupos étnicos y empresas comunitarias) como proveedoras exclusivas de los entes públicos.

Trato a los inversionistas

En el TLC, el derecho del inversionista está por encima del derecho de la población y de la protección al medioambiente. Para el TCP, es una prioridad que el Estado comience a regular la inversión extranjera, porque ésta no es una “madrecita de la caridad”. El TCP se propone devolver al Estado su fun-

ción reguladora y que las transnacionales operen en función del desarrollo productivo nacional. Para este programa comercial, lo más importante es la gente, no las empresas.

El TCP impone fuertes reglas ambientales y sociales a las inversiones para adecuarlas a las necesidades del desarrollo productivo y de la preservación ambiental. El TCP reivindica el derecho de expropiación por motivos de bien público y desconoce los tribunales arbitrales extranjeros para la resolución de disputas. Las controversias inversionista-Estado se resuelven en tribunales nacionales, respetando la soberanía de los países y garantizando la transparencia y participación de todas las partes involucradas.

El TCP emplea herramientas de desarrollo industrial vetadas por los TLCs, como por ejemplo, exigir a los inversionistas un cierto nivel de uso de materias primas nacionales o la transferencia de tecnología, que han sido vitales para las estrategias de crecimiento de exportación de los tigres asiáticos.

A diferencia del TLC, el TCP de Morales valida las subvenciones, los créditos baratos y altos aranceles para las importaciones. En el esquema comercial boliviano, aceptado por Cuba y Venezuela, las empresas extranjeras que prestan servicios en el país no reciben el mismo trato que un pequeño prestador de servicios.

Imperio vs. comunidad

- El TLC busca especializar a las colonias como productoras de materias primas y de productos básicos sin elaboración.
- El TCP persigue la industrialización.
- El TLC le confía todo al mercado externo y a las exportaciones, como únicos motores del crecimiento.
- El TCP rescata el mercado interno

El manejo de los mercados

La libre competencia no es un principio único e inamovible. No hay que olvidar que antes de ser una potencia EE.UU. e Inglaterra desarrollaron su mercado interno, y antes de ser liberales y libre comerciales como lo son ahora, fueron tremendamente proteccionistas. Inglaterra desarrolló su industria textil protegiendo su mercado, al igual que EE.UU. protegió su sector agrícola.

Los Estados tienen derecho a conformar monopolios estatales de interés público en sectores estratégicos: por ejemplo, en la minería, en la energía y en los servicios básicos.

cos. Esto tal vez no parezca una herejía en los pueblos latinoamericanos, porque casi todos pensamos igual; sin embargo, para la racionalidad neoliberal, todas las propuestas que cuestionan el libre comercio deben ser demandadas ante un tribunal internacional por violar los principios del capitalismo.

El desempeño de los acuerdos comerciales del bloque ALBA-TCP demuestra que hay otro camino alternativo al liberalismo capitalista. En estos negocios no interviene la iniciativa privada; se trata de acuerdos de gobierno a gobierno, y lo más llamativo es que no necesariamente interviene el dinero. En muchos casos se rescata un viejo mecanismo de intercambio comercial como el trueque, que pone en evidencia que es posible que los países se relacionen de otra manera.

La relación con la naturaleza

Los tratados comerciales, diseñados en el Norte, facilitan el desarrollo y la expansión del sistema capitalista a escala global alrededor de dos principios: la explotación ilimitada de los recursos naturales y humanos en la búsqueda constante del beneficio, y la acumulación individual de riqueza.

Este “desarrollismo occidental” que propugna el “crecimiento económico” ilimitado en un planeta con recursos finitos, inevitablemente conduce a la destrucción de la naturaleza.

Rescatando los principios de la cultura indígena, el TCP postula la complementariedad frente a la competencia; la convivencia con la naturaleza en contraposición a la explotación irracional de recursos; la defensa de la propiedad social frente a la privatización extrema; el fomento de la diversidad cultural frente a la monocultura y a la uniformización del mercado que homogeneiza los patrones de consumo.

Sin embargo, ¿cómo garantizar que el cambio de dueño de los recursos naturales, de una transnacional al Estado, no reproduzca las mismas prácticas destructoras de la naturaleza? Esto no está garantizado. Por ejemplo, el gobierno de Evo Morales puede ser muy innovador, creativo, diferente a los neoliberales, pero está muy vinculado a un régimen capitalista, y enfrentarse a este sistema resulta muy difícil. De todas maneras, Morales ha logrado difundir la necesidad de cambiar nuestras prácticas de consumo, sobre todo en la población mestiza de la clase media. También existe una corriente en el Gobierno que sostiene que no debemos exportar tanto gas porque, tarde o temprano, este recurso se acabará.

El TLC divide, no integra

Las reformas neoliberales limitan los procesos de integración y difuminan sus objetivos. Asimismo, recortan las aspiraciones políticas y acentúan objetivos estrictamente

comerciales. De esta manera, se tecnificó el debate hacia el lado comercial y en algún momento nos olvidamos que el objetivo de la integración no es comerciar mejor sino adquirir poder político de negociación frente a los imperios del extranjero. Este fue el objetivo de Simón Bolívar; sin embargo, el neoliberalismo de los 90 nos recortó las aspiraciones políticas. Si antes se buscaba la vinculación entre los países para alcanzar la liberación y la autonomía de los pueblos (crecimiento hacia adentro), ahora el objetivo es aumentar el comercio y competir unos contra otros para exportar más (crecimiento hacia fuera).

Los TLC's no son mecanismos de integración ni otorgan autonomía a los Estados porque buscan exactamente lo contrario: total autonomía del mercado y un papel subsidiario del Estado. La situación de la CAN es la prueba concreta de esta situación: Venezuela se ha ido; Colombia y Perú están por su lado, junto al señor Bush; Ecuador era la esperanza para equilibrar la balanza en la CAN, pero está cediendo en las negociaciones del Acuerdo de Asociación con la Unión Europea; mientras tanto Bolivia se está quedando solo con su discurso integrador alternativo.

¿Qué deberíamos hacer para frenar este tipo de acuerdos o tratados como lo hizo Bolivia? No hay una receta única porque nuestros países son diferentes y tienen otras

realidades. Sin embargo, hay una fuerza concreta que tienen todas las sociedades: la movilización.

Hay que destacar que Bolivia es el único país de la Comunidad Andina de Naciones que no se ha sentado a negociar y que no ha firmado un TLC. Es el único país que ha tenido la fuerza suficiente en las calles como para obligar a los sucesivos presidentes —en los últimos cinco años— a no firmar un acuerdo comercial con Estados Unidos. Sin la movilización de mucha gente en las calles y sin su acción directa, seguramente el gobierno de Goni no hubiera caído, y si no hubiera caído, seguramente ahora estaríamos en la misma situación que Colombia o Perú.

Hay una ventaja en este momento: el Tratado de Libre Comercio es impopular inclusive en Estados Unidos. Colombia y Perú firmaron el TLC en 2006, pero hasta 2007, Perú no consiguió que su tratado sea ratificado por el Congreso norteamericano; mientras tanto Colombia, el mejor aliado de Bush, sigue cruzando los dedos para que su tratado sea validado en 2008.

A modo de resumen, la estrategia de defensa frente a los TLCs incluye la incidencia internacional, la movilización interna y la organización de grupos de choque que han permitido victorias importantes en Bolivia. Un caso para destacar es el de Bechtel, transnacional que quiso demandar al Esta-

do en 2003 por su salida intempestiva de Cochabamba luego de la guerra del agua. Frente a ello, una red inédita de activistas de todo el mundo bombardeó por correo electrónico a la transnacional y desplegó una campaña internacional de desprestigio. El Gobierno Municipal de San Francisco, por presión de dichos activistas, se pronunció en contra de Bechtel. Fue esta campaña de hostigamiento internacional la que hizo retroceder a la transnacional en su juicio contra el Estado y la obligó a vender sus acciones en dos pesos bolivianos a la Empresa Pública de Cochabamba. La lección de este proceso es que la presión de los activistas internacionales es efectiva y que las transnacionales no son invencibles, pues tienen un punto flaco: su imagen internacional.

Si el movimiento popular boliviano tiene éxito en Bolivia es porque en los últimos años los medios de información convencionales han tenido que escuchar el mensaje de los movimientos críticos al TLC. Era imposible hacerse de la vista gorda teniendo gente en la calle y activistas que se crucificaban.

Un elemento fundamental en la lucha es reconocer la identidad comunitaria de muchos pueblos de América. Por ejemplo, los indígenas norteamericanos consideran enferma a la persona que sólo piensa en su beneficio personal.

En Bolivia sobreviven muchas prácticas comunitarias a pesar de la fuerte influencia del liberalismo capitalista. En el país se está fortaleciendo una filosofía que interpela al neoliberalismo desde una perspectiva comunitaria, privilegiando la igualdad sobre la libertad, y los derechos colectivos sobre los derechos individuales. Según muchos analistas, en Bolivia se vive un momento de ruptura de los principios filosóficos del “Siglo de las luces”, del individuo como supuesto dueño y dominador de la naturaleza. Los movimientos sociales están construyendo un sujeto colectivo sin desechar la creatividad y la libertad individual, pero privilegiando la dimensión intersubjetiva del individuo y su identidad esencialmente comunal.

Miguel Lora es periodista, editor del Diario Digital, Bolpress.com y activista del Movimiento Boliviano por la Soberanía y la Integración de los Pueblos - Contra el TLC y el ALCA.

La **Fundación Solón** es un centro de interpelación al modelo económico que recupera las voces de los sectores oprimidos y discriminados, a partir del arte, la investigación y el activismo comprometido con la defensa de los derechos humanos y de la naturaleza.